

# Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República. (1902-1930)

**Ricardo Quiza Moreno**

*Investigador. Instituto de Historia de Cuba.*

Los enemigos de todo pueblo, son todos,  
absolutamente todos los pueblos extraños  
[...] no porque esto sea un mal querer un  
odio enconado, sino porque esto es  
necesidad de la vida [...] y para luchar se  
impone la necesidad de un enemigo, que será  
constante o transitorio según la permanencia  
o movilidad de los intereses opuestos.

Fernando Ortiz, *Entre cubanos*.

Yo soy el Sur que ansía el Norte y el hielo.  
Tayeb Salih, *El emigrante*.

A propósito del torneo de autoestima que inspiraran las celebraciones quintocentenarias, un humorista sudamericano daba fe de los dispares pero inseparables motivos del «homenaje». La historieta muestra a un chico condenando la aventura colombina: «si no fuera por los colonizadores —arguye el pequeño— estaríamos muy tranquilos con nuestros taparrabos viendo el fútbol por televisión».

Este remolino de sentimientos ha invadido las retóricas de la elite nacionalista, particularmente en aquellos países que pasaron de la dependencia colonial hacia otras formas de subordinación. Un exponente

del desconcierto provocado por las circunstancias neocoloniales en la mayor de las Antillas fue *La crisis política cubana: sus causas y remedios* (1919),<sup>1</sup> especie de diagnóstico clínico sobre lo doméstico donde se agrupaban tesis comunes al campo intelectual en el período posterior a la independencia. Tales pronunciamientos —elaborados por Fernando Ortiz— estuvieron rodeados de tantas paradojas que los exégetas de la transición republicana concordaron en soslayarlos.

Para algunos especialistas el «pesimismo» y «confusión» reinantes a principios de este siglo condujo a numerosos malentendidos; a pesar de ello, «independentistas» y «anexionistas» han figurado en la historiografía como bandos escindidos e identificables, portadores de programas nítidos y radicalmente desiguales. Sin embargo, el texto citado, así como otros referidos al curso sociopolítico de la nación —compuestos por la intelectualidad entre 1902 y 1930— estuvieron cargados de medias tintas, lo que hace pensar en la preminencia de un discurso oscilante, desprovisto de esa bipolaridad que se le confiere.

No pocas veces la defensa de lo nacional —un tema obligado y recurrente para la «ciudad letrada» criolla<sup>2</sup>— fue esgrimida a partir de presupuestos nebulosos, develadores de una construcción de la autoctonía fundada en estrategias capaces de enaltecer u ocultar, según el caso, aquello que se estimaba como rasgo típico o deseable de la «cubanidad».

Entre las razones que explican tales titubeos está la que alude al desencuentro entre el carácter de «transacción» que asumen las relaciones coloniales y neocoloniales<sup>3</sup> y la naturaleza de las narrativas periféricas, sostenidas en el choque con el *alter* metropolitano, aunque los contactos con este último estuviesen asistidos no solo del poder y la violencia que ejerce el «dominante» sino también de una ambigua y «cordial intimidad».<sup>4</sup>

Quizás por eso, reconsiderar la proyección de la *intelligentsia* vernácula en la coyuntura de «entre imperios», signifique reflexionar sobre las conexiones —a ratos «conflictivas», por momentos «amorosas»— que se establecen en torno a la Isla y su nuevo (o antiguo) tutor.<sup>5</sup>

Allí donde el resultado de la hegemonía imperial fuese interpretado como desventajoso para la identidad, será elaborado, y enarbolado, un *corpus* de nociones que refuerzan las diferencias; por el contrario, cuando los términos del intercambio se visualizan como beneficiosos para el robustecimiento de lo nacional, abundarán las filiaciones.

El pensamiento de Fernando Ortiz es en ese aspecto ilustrativo. Intelectual de renombre y sujeto activo en la vida pública, el destacado académico constituyó un punto de referencia para sus contemporáneos.

Como patriota convencido, Ortiz no tuvo reparos en señalar los factores que, a su juicio, conspiraban o contribuían al fortalecimiento del «alma cubana»; solo que un examen de sus pronunciamientos deja entrever la estructura «gaseiforme» del discurso identitario.

En tal sentido propongo distinguir, en los principales textos confeccionados por Ortiz durante el «primer ensayo de República»<sup>6</sup> aquellos zigzagueos que hacen del relato nacionalista una instancia estructurante, contradictoria y móvil. Para ello intentaré mostrar como la hidalguía y el utilitarismo suelen ser motivos de una retórica o de una práctica que ensalza y desacredita indistintamente el nexo con las metrópolis. De manera circunstancial aparecerán textos de otros autores que confirman el nivel de consenso y la existencia de un diálogo fluido alrededor de la problemática nacional.

La presencia de ideas contrapuestas en un mismo texto, en escritos y alocuciones próximos en el tiempo y en otros lejanos entre sí, desechan la hipótesis de una actitud ingenua de la élite nacionalista y posibilita reconocer el papel del letrado en el espacio público de la Cuba transicional.

## El rescate del Quijote

*Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,  
mientras la onda cordial aliente un sueño,  
mientras haya una pasión, un noble empeño,  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que hallar, vivirá España.*

Rubén Darío

Los combates por la identidad en Cuba poscolonial se libran en un escenario rodeado de tensiones y complicidades entre la secular tradición hispana —que se insinúa como garantía del ser nacional— y el espíritu siempre incómodo pero necesario de la modernidad, personificado por los Estados Unidos. Tales clamores de reafirmación compartirían, en ocasiones, los puntos de vista de las élites españolas y latinoamericanas en relación con el tránsito de sus respectivos países al *via crucis* trazado por el imperialismo. Desalojada España del ámbito latinoamericano, los pensadores de la región comenzarían a potenciar la pertenencia a un tronco común —el de la latinidad e hispanidad— para enfrentarlo a las apetencias del capitalismo inglés o norteamericano, de modo que las afinidades con la «madre patria», expresadas en la supuesta comunidad de raza, lengua y religión, confirman una cultura ancestral, lo suficientemente sólida como para oponerse al grosero «utilitarismo» anglosajón.

El antídoto para extirpar el presunto mal habría de hallarse en el fortalecimiento de la tradición, o sea, en el rescate del antiguo esplendor de las élites criollas, para que fungiesen como fuerzas capaces de educar al pueblo y como entidades aptas para conseguir la importación de inmigrantes europeos, en especial ibéricos, lo que resucitaría el idealismo continental. De hecho los intelectuales de Nuestra América apuestan al surgimiento de sociedades monitoreadas por «razas pensadoras»,<sup>7</sup> prestas, desde su altura, a catequizar al «buen salvaje». De esas tesis —resumidas en la expresión de Rodó, «gran civilización, gran pueblo»— se desprenden proposiciones que reproducen la lógica excluyente de las metrópolis imperiales.<sup>8</sup>

Las soluciones al problema nacional se fundan en la obsesiva contraposición élite-masa, traducida en el universo de la cultura a la vieja antinomia civilización *versus* barbarie, e interpretada a escala sociológica como el choque entre «orden» y «anarquía», entre el principio «selectivo», a la manera darwinista, y la voluntad democrática. Si la reconciliación con la ex metrópoli se resuelve mediante códigos que subliman las desigualdades, entonces la «espiritualidad» y «alcurnia» atribuibles a Don Quijote tenderán a incluirse en el relato nacionalista, una saga cuyos visos de científicismo y

religiosidad delatan los turbios parentescos entre «tradición» y «progreso». Al «ingenioso hidalgo» se le dará la misión de iniciar una «cruzada civilizatoria» que conjurase ciertas «patologías sociales» e impidiese la amenaza extranjera; para ello inculcaría a las muchedumbres del subcontinente la «idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas».<sup>9</sup>

Pudiera afirmarse que el clan letrado latinoamericano suministró las tácticas para que los ilustrados de la mayor de las Antillas resguardasen el acervo «nacional» de posibles «contaminaciones»; sin embargo las representaciones patéticas que de la transición hicieran los intelectuales cubanos de principios de siglo se debieron en parte al tono trágico que adoptaran los escritores españoles de la generación del 98. Un imperio nostálgico por lo que fue y una isla intervenida en un par de oportunidades por los *yankees* acreditaban el pesimismo a ambos lados del Atlántico. En todo caso, el perfil tremendista del relato nacional sugiere la revitalización de una identidad agónica, en peligro de desvanecerse ante el «huracán» de fuerzas ajenas.

Ese contexto de reiterados ataques a la soberanía produciría encontradas opiniones con respecto a las potencialidades de la sociedad cubana. No faltaron voces que invocaban de forma unilateral las bondades o perjuicios del tutelaje «americano»; no obstante abundaron los enjuiciamientos intermedios, inclinados, al igual que los restantes, a ofrecer «terapias» que procurasen el «sanamiento» del «organismo colectivo». Bajo ese sello salieron a la luz un grupo de artículos firmados por Fernando Ortiz que pretendían dar cuenta de la actualidad política y sociocultural cubana, casi todos preparados entre 1906 y 1908, coincidiendo con la segunda estancia de los norteamericanos en la Isla. Los textos en cuestión se compilaron bajo el título *Entre cubanos, psicología tropical*.<sup>10</sup> El argumento de la trama se construyó en virtud de una red de alusiones que giraban alrededor del presumible deterioro ético-espiritual del cubano, un sujeto desprovisto de requisitos para convivir «civilizadamente» en la vida moderna.

Según Ortiz, una suerte de quietud espiritual obstaculizaba la soberanía e impedía la conducción del país hacia un estatus de prosperidad y una eficiente organización civil. El «marasmo» provocado por el clima y el mestizaje requería de una política cultural y pedagógica que despertase al «soñoliento hijo de los trópicos»<sup>11</sup> del entusiasmo provocado por la independencia. Escritos en primera persona y frecuentados por los giros apocalípticos de la literatura del «desastre», los textos reunidos en *Entre cubanos...* bosquejan el perfil del letrado visionario, empeñado

—cual Virgilio— en iluminar los senderos que conducen a la «regeneración» nacional.

A ti que duermes al borde del camino de la vida, mientras los fuertes van pasando en sus carros augustales de victoria [...] a ti dedico esta colección de articulejos regados por diarios y revistas antillanas.<sup>12</sup>

Para el destacado hombre de letras, esa conciencia, encarnada en las «voces aisladas» que «claman por una fuerza de fe y por la dominación dictadora de nuevos ideales»,<sup>13</sup> se encargaría de estimular «una nueva cruzada, una locura colectiva» que permitiría «apoderarnos del sepulcro del Caballero de la Locura, profanada por los hidalgos de la Razón».<sup>14</sup>

De cualquier manera, la identificación con el Quijote se aviene al deseo de incorporar en el entramado social los rasgos asignados comúnmente al hidalgo, como son la perseverancia, voluntad de liderazgo y capacidad para afrontar las adversidades. A ello se agrega la correspondiente «distinción» del caballero así como su desdén por lo terrenal, gesto que Ortiz asocia con la posibilidad de superar el afán de lucro y el oportunismo que corroen la vida republicana.

El rescate de la hidalguía constituye un recurso nemotécnico que informa sobre el remoto origen de la identidad, sin herir las susceptibilidades surgidas del enfrentamiento hispano-americano. Al mismo tiempo el «viaje a la semilla» autoriza el reencuentro de los nacionales con el espíritu «empreendedor» de épocas pasadas dejándolos en condiciones de aceptar el reto de los «americanos».

Sean fuertes, y ricos de savia [...] los brotes intelectuales de la joven generación [...]; sepamos arrancar de su tronco de robustas raíces los hongos que distraen [...] el jugo de la vida nueva, si no queremos que cuando vengan las nevadas del Norte, mueran en flor nuestras pocas y tiernas esperanzas, y el tronco en pie y firmemente arraigado en el pasado aparezca muerto y tétrico.<sup>15</sup>

La fórmula estribaba en ensamblar —mediante esfuerzos de divulgación cultural— un colectivo disciplinado y menesteroso que hiciera innecesaria la intervención extranjera. Así, el apego a las cláusulas de la ilustración convirtieron la reforma espiritual en vehículo para el «mejoramiento» de la patria.

«En Cuba, más que en otros pueblos, defender la cultura es salvar la libertad»<sup>16</sup> afirmaría el presidente de la Sociedad Económica Amigos del País, Raimundo Cabrera, en 1923, dando continuidad a una idea recalada por Ortiz desde la aparición de su primer libro, *Los negros brujos* (1906), hasta las postrimerías de la década de los 20. Este criterio figuraría en las prédicas de diversas generaciones y tendencias; desde Enrique José Varona, hasta Rubén Martínez Villena. Asimismo, se animarían programas de «evangelización», promocionados por no pocas instituciones como la

Falange de Acción Cubana, la Junta Cubana de Renovación Nacional y el Grupo Minorista.

Para ejecutar la propuesta de reconstrucción espiritual, la hermandad letrada sugirió la fundación de un ejército de pensadores comparables a los de la primera mitad del siglo XIX. Luego de imaginar una historia protagonizada por unos «pocos plantadores dueños de vidas y haciendas [...] y unos escasísimos militares y magnates»,<sup>17</sup> Ortiz enmarca, entre los albores del ochocientos y el comienzo de la guerra, el verdadero esplendor de la colonia: [...] antes que el machete dejara de ser arma pacífica, fueron armas poderosas la palabra y la pluma.<sup>18</sup> Pero este proceso fue abortado —según palabras de Ortiz— por la gesta emancipadora:

[C]uando la élite de nuestro pueblo pudo ser más coherente, el estallido de movimientos insurreccionales, genuinamente separatistas, vino a disgregar los escasos elementos de nuestra aristocracia y separarlos con honda sima.<sup>19</sup>

A contrapelo de la legitimidad que se le concede, el proceso independentista es visto por Ortiz como un factor disociador que frenó la evolución espiritual de la Isla e impidió que fructificase el canon cultural de a élite. A propósito de este tópico, el ensayista Jorge Mañach aseguraría —como antes lo hicieran Manuel Sanguily y Manuel Márquez Sterling— que «la guerra de independencia [...] nos conquistó la dignidad política a cambio del estancamiento intelectual».<sup>20</sup>

Curiosamente, quienes retroceden a la Hispania medieval para curtir la ficción nacionalista terminan por invocar a los antiguos sabios. Esa maniobra conduciría a los partidarios del quijotismo a trocar «espada» por «pluma» procurando un espacio para el «hombre culto». El retorno propuesto por Ortiz se detiene en la primera mitad del siglo pasado, cuando la sociedad colonial, en períodos de relativa calma, pudo ofrecer pensadores y asociaciones de cultura más cercanos al estereotipo del «filósofo rey» que a las representaciones del «destrado guerrero». Saco, el «mentor»; el «estadista» Arango; Varela el «sacerdote» y «Don Pepe, el maestro del civismo cubano», son «luminarias que forman el santoral de la religión patriótica»;<sup>21</sup> entretanto la Sociedad Económica Amigos del País es «santuario de las tradiciones de la intelectualidad», «cuna» de la «civilización criolla», «panteón de los héroes de nuestras luchas seculares por el pensamiento y la idea nacional».<sup>22</sup>

Las batallas por la identidad pasan por la fundamentación del «sabio cívico»<sup>23</sup> en el manejo de los asuntos públicos. Los intelectuales de estirpe señalan una sociedad necesitada de sujetos como ellos para ordenar el caos, mientras los «pinos nuevos» devalúan el presente para promocionarse como salvadores de la República, pero todos coinciden en destacar la «decadencia cubana».

De algún modo, muchos artículos, ensayos, discursos, conferencias y obras artístico-literarias de las primeras décadas republicanas cuestionaban la solidez del edificio nacional atendiendo al grado de imperfección del sistema en las circunstancias neocoloniales.<sup>24</sup> Como norma, los juicios vertidos respondían a una cosmogonía racionalista, deudora del conocimiento aportado por las ciencias naturales y exactas. Una lectura geométrica, aritmética, mecánica y médico-biologizante de lo social —arraigada desde el siglo anterior— aconsejaba la «higiene social» mediante una profilaxis redentora.<sup>25</sup>

En 1905, Varona disertaba sobre la emergencia del imperialismo describiendo el fenómeno expansionista como un proceso de fagocitosis.<sup>26</sup> Dos años más tarde se publica *Cuba y su evolución colonial*, texto en el que Francisco Figueras hacía una radiografía etnocultural y sociológica de la Isla para advertir su inminente debacle como consecuencia del mestizaje y el medio ambiente.<sup>27</sup> En 1905 y 1920, Enrique Lleria editó los dos tomos de *Evolución super-orgánica*, en ambos se intentaba adoptar los métodos de la neurología en el área de los estudios sociales.<sup>28</sup>

En esa «voluntad de saber» se inscribieron el grueso de las realizaciones de Ortiz, en especial su serie de estudios etnológicos e históricos bajo el denominador de «Hampa afrocubana», así como los textos antologados en *Entre cubanos...*, que dieron sistematicidad y coherencia al tema de la decadencia. En todos ellos se argumenta la fragilidad de la «nación» y la urgencia de incorporar los paradigmas cognocitivos de la modernidad. La paradoja consistía en abusar de un instrumental científico que objetaba el deseo de movilidad social —implícito en esas mismas doctrinas racional-emancipadoras—, y promovía las instancias jerárquicas.

Como es obvio, Ortiz y muchos de sus contemporáneos enfrentaron también el dilema que supuso adecuar el arsenal de teorías provenientes de Europa y Norteamérica a un entorno que disentía de los moldes académicos occidentales. El desfasaje entre proceder científico y propósito nacionalista daría lugar a retóricas espurias, atravesadas por proposiciones tan contrarias —como complementarias— con respecto a la «cubanidad».

Para los que observaban a Cuba con lentes de naturalistas, la sociedad aparecía como un «cuerpo» cuya debilidad se debía a la acción devastadora del calor y la negritud. Para «sanar» males «complejamente sociales, étnicos y telúricos»<sup>29</sup> se recurrió al teorema del entrecruzamiento racial, de modo que el aumento en la proporción de blancos —y obsérvese la obsesión por las cifras— eliminara los «atavismos» de la «gente de

color». De ese criterio fueron partícipes Varona, Trelles, Mañach, Ramiro Guerra y Raimundo Cabrera, heraldos del decadentismo.<sup>30</sup>

El «blanqueamiento» se lograría con el fomento de una política migratoria que captase los grupos humanos oriundos del viejo continente, en particular de la ex metrópoli, solución que había sido orquestada con frecuencia por los intelectuales del siglo XIX. De forma abierta o tácita, la cofradía de letrados se inclina por «iberizar» al país, considerando la proclividad del peninsular a trasladarse a una región próspera en lo económico y familiar en lo cultural, como apuntara Enrique José Varona.<sup>31</sup> Por ello entre los «remedios» insinuados por Ortiz para enmendar la «crisis política cubana» se hallaba el «favorecimiento de la inmigración hispana, acompañada de nutridos contingentes europeos, para aumentar la importación de brazos, y, lo que es al menos tan beneficioso, la importación de ideas».<sup>32</sup>

Por contraste, de estos y otros textos de Ortiz podemos extraer afirmaciones que cuestionan cada una de sus tesis, lo que prueba el despliegue de un discurso contradictorio y ambivalente con respecto al «deber ser» nacional.

### ***Le beau geste des yankees***

En un vaso de 8 onzas, ½ onzas de ron y cubos de hielo, con Coca-Cola y gotas de limón; revolver.

Cuba Libre (receta)

La influencia norteamericana en Cuba obligó a la élite a superponer parlamentos contrastantes en relación con el vínculo al imperio emergente. Por momentos se advierte la admiración hacia los Estados Unidos como arquetipo tecnológico y democrático, reconociendo los auxilios prestados en el terreno militar y en el área pedagógico-sanitaria. El retroceso de la «civilización» insular —asumido como déficit cultural y orgánico— precisaba de la imitación del modelo «americano», acreedor de comportamientos y saberes competentes.

Para ubicar al país en un estadio «superior» había que desembarazarse del lastre hispano. Los criterios de algunos medios académicos españoles sobre las lealtades entre la «madre patria» y sus «hijas» trasatlánticas hicieron que Fernando Ortiz desencadenara una campaña publicística contra lo que consideró un intento de recolonización por conducto de la política y la cultura. De la polémica con los hispanistas salieron impresos varios artículos en el diario *El Tiempo* y la restrenada *Revista Bimestre Cubana* (1909-1910),

antologados con premura en *La reconquista de América* (1910).<sup>33</sup>

La celeridad editorial que, según el historiador Julio Le Riverend pospuso la salida de *Entre cubanos* (un volumen con textos más antiguos), obliga a meditar sobre la época que rodeaba a esta empresa bibliográfica. Ese ejercicio académico y propagandístico se enmarca en la antesala de 1914, cuando las potencias imperiales habilitaron ideológicamente el nuevo reparto del mundo. Aunque extemporáneo, el panhispanismo promovido por los círculos intelectuales y de poder en la península se articulaba con la proyección hegemónica del pangermanismo y el paneslavismo que sirvieran de preludios discursivos a la «era de los extremos». En ese complot se contemplaba a la masa de inmigrantes españoles venidos a América, cuyas cifras habían crecido de modo ostensible.

En los «espontáneos escritos» de *La reconquista...* subyace la renuncia a la reinserción de Cuba bajo el dominio espiritual de España. El debate con los catedráticos de Oviedo y Valladolid, Rafael Altamira, Adolfo Posada y Vicente Gay, así como con el poeta Salvador Rueda y el ex autonomista Rafael María de Labra, expresa la negativa a un proyecto de integración que sanciona el tutelaje. Vocero de una identidad agredida, Ortiz refuta los presupuestos de equidad lingüística, racial y religiosa con argumentos que deshacen el mito de la mancomunidad hispanoamericana e insinúan la aproximación del país a los Estados Unidos.

Al remitirse a la presunta unión idiomática, Ortiz presenta el ejemplo suizo como muestra de unidad nacional conseguida sin la participación de la lengua común. En la cuestión de las razas, el intelectual cubano señala la diferencia entre el concepto antropológico y su definición sociológica, para concluir que solo una interpretación física del fenómeno étnico autoriza a instituir distinciones entre grupos humanos. De paso, Ortiz descalifica el concepto de «raza ibérica» al valorar a España como «mosaico étnico». En tal dirección no hay pueblos «superiores» o «inferiores», ni razas «malditas» o «elegidas», sino que «la historia es un eterno cambio de posiciones en el ejército humano».<sup>34</sup>

La ofensiva de Ortiz se extiende al ámbito de la supuesta contraposición entre latinismo y cultura anglosajona. Respondiendo al discurso de un connotado político, que incluía a Cuba como parte de la civilización «latina» o «hispanica», Ortiz recordaba cómo Francia e Italia fueron también troncos del latinismo y se enfrentaron muchas veces entre sí, al tiempo que exhortaba a aprehender los cánones de otras civilizaciones.

**Los combates por la identidad en Cuba poscolonial se libran en un escenario rodeado de tensiones y complicidades entre la secular tradición hispana —que se insinúa como garantía del ser nacional— y el espíritu siempre incómodo pero necesario de la modernidad, personificado por los Estados Unidos. Tales clamores de reafirmación compartirían, en ocasiones, los puntos de vista de las élites españolas y latinoamericanas en relación con el tránsito de sus respectivos países al *via crucis* trazado por el imperialismo.**

El tema religioso no quedó exento de la disputa; en esta oportunidad, las discusiones se centraron en la pertinencia de la enseñanza religiosa, a lo que Ortiz riposta con la tesis de la libertad de cultos, preconizando la escuela pública y laica.

Para el autor de *Los negros brujos* y para muchos de sus colegas el peligro mayor no estaba en la improbable vuelta a la situación prerrepública, sino en admitir patrones culturales que retrasasen el desarrollo nacional; y es aquí donde *La reconquista...* cumple —al igual que todos los textos orticianos—, un papel preceptivo y preventivo, aunque entre estos y aquel hay contradicciones que iluminan el lado extravagante del discurso nacionalista. En *La reconquista...* predominan las concepciones del relativismo cultural y la heterogeneidad étnica por sobre los credos de raíz lombrosiana que —aun en este acto discursivo— destacara Ortiz; de manera que el negro desaparece como agente «patógeno» y pasará a engrosar la lista del «agregado» nacional.

Otro signo del giro retórico dado por Ortiz se encuentra en la desproporcionada y obsesiva negación del legado colonial, aun cuando en textos contemporáneos a este, el estudioso acude a esa «España negra» que ahora disminuye. La situación se torna más desconcertante al descubrir que tales prédicas se hacen acompañar del elogio hiperbólico al paradigma norteamericano.

Por lo general, la élite nacionalista reconoce el peligro de la expansión yanqui, pero a su vez comprende la fatalidad del proceso y se apresta a extraer beneficios del intercambio. Ortiz escribe:

[...] queramos o no queramos, es evidentemente cierto que por grande y fuerte que sea el sentimiento que anime nuestros ideales patrios, no ha de poder olvidarse, ni es de recomendar siquiera el olvido, que Cuba necesita para afianzar su posición en el concierto de las naciones, del apoyo, del báculo y de la colaboración fraternal de la diplomacia americana.<sup>35</sup>

Aunque insólita, detrás de esa afirmación se construían líneas de defensa que, por sutiles, merecen comentarse. Cuando Ortiz recaba la «colaboración fraternal» de los norteamericanos, no hace sino aceptar los dividendos del «contrato», al tiempo que se anticipa a la penetración yanqui usando el elogio como recurso para inhibir las consecuencias negativas de la dependencia neocolonial. Con realismo inaudito los letrados convienen en «regatear» los términos de la soberanía y cosechar las ventajas que se derivan de la alianza con los norteamericanos tanto en el plano diplomático como en el comercial, político y académico. No es menos cierto que buena parte de la industrialización del país, así como sus logros educacionales y democráticos, se debían a la relación bilateral con los norteamericanos, o al menos así lo entendía la élite. Que el dictamen orticiano no es ajeno al punto de vista del campo intelectual se corrobora con la publicación de trabajos firmados, entre otros, por Varona, Carlos M. Trelles y Ramiro Guerra. Este último llega a afirmar que:

Esa situación peculiar de Cuba, le crea la posibilidad de un rápido progreso y un brillantísimo porvenir por una parte; tremendos peligros de desintegración y de desnacionalización [...] por la otra.<sup>36</sup>

Pero, ¿cómo aunar en un solo programa la crítica y el panegírico? Sin dudas, el pragmatismo de la élite desempeñó su papel en el diseño de estrategias de contención. Más allá de la doctrina filosófico-pedagógica —que tuvo muchos adeptos— el pragmatismo devino gesto político configurador de la resistencia. Luego de admitir el peso específico de la geopolítica y acatar el protagonismo de los norteamericanos, «reconocemos —dice Ortiz— que la Enmienda Platt y los tratados resultantes de la misma conceden a los Estados Unidos derechos especiales, en relación con los asuntos de Cuba», el estudioso agrega, «pero también creemos que esos mismos derechos llevan consigo e imponen a los Estados Unidos correlativos deberes».<sup>37</sup>

Por consiguiente, los letrados sitúan a los norteamericanos en la obligatoriedad de mantener una relación equitativa con la periferia. Tales juicios se asientan en el abc de la maniobra política y encuentran un aliado en el tradicional eclecticismo de los intelectuales isleños, desde el padre José Agustín Caballero hasta la fecha.

Sin embargo, dada la ambigüedad de la fórmula nacionalista, urgida de la norteamericanización para conducir al país por la senda del «progreso» y balancear la pretendida hegemonía hispana, se abren las puertas a la gratitud desmedida. En «La despedida al señor Altamira»; «Las sugerencias del egoísmo»; «*Nosce te Ipsum*», artículos colectados en *La Reconquista...* y en algunos aparecidos en *Entre cubanos...* o que circularon de forma independiente,<sup>38</sup> se incita al aprendizaje de «esa ola de actividad civilizada que nos viene del Norte»,<sup>39</sup> y se ofrecen apologías a la gestión interventora de los Estados Unidos, al decir de Trelles la que más hizo por el desarrollo de Cuba desde su descubrimiento.<sup>40</sup>

Es obvio que al ponderar las virtudes del «poderoso vecino» la élite, quiera o no, minimiza el orden neocolonial y escamotea cualquier contribución que, desde la modernidad, pudiera conferírsele a la ex metrópoli.<sup>41</sup> Tras la amnesia se esconde la invención de estereotipos enfilados contra el «rival» de turno, lo que explica que lo «nacional» se presentase como *collage* adaptable al arbitrio de sus creadores. Las opiniones de Ortiz comprueban la plasticidad del discurso nacionalista y la naturaleza construida de lo «cubano».

No nos importe hacer uso del crédito, temamos cual colonos rutineros al extraño refaccionista para préstamo de energías y de ejemplos, aun cuando haya que pagarles intereses de usura, rica será la hacienda si en ella trabajamos y la gobernamos.<sup>42</sup>

Y es en los préstamos y en los usufructos, en las alianzas o «transculturaciones» —para decirlo con vocablo orticiano— donde se fragua el discurso de la identidad.

## Entre dos aguas

God save, ancient Mariner! the fiends,  
that plague thee! Why look'st thou so?  
«With my crossbow I shot the Albatross».

S. T. Coleridge  
«The rime of the ancient mariner»

El argumento de la cubanidad mantiene un maridaje tempestuoso y cómplice con la instancia «enemiga»; por ello las élites criollas consideraron la conveniencia de

administrar dosis de «odio» o «amor» a esa especie de «mujer perjura» representada por los imperios. Ser modernos, sin dejar de ser, implicaba acudir a un conjunto de operaciones que resolviesen —al unísono— poner a buen recaudo los fueros de la élite ante la avalancha económica, política y cultural yanqui; insertarse en la «modernidad» sin perder el sistema de referencias que otorgan legitimidad al Estado-nación y a los grupos que ocupan la cima social, y hacer pasar como plurales los metavalores del estamento hegemónico.

Todo esto supuso dilucidar en dos niveles un problema del otro. Un nivel exógeno, probablemente el más importante, estuvo representado por el desplazamiento de la instancia exterior que condiciona la noción de identidad. El cambio de la dominación española por la norteamericana debería fijar los límites cronológicos del enfrentamiento, o sea, señalar quiénes eran, y en qué momento los que constituían un peligro para la trama nacional. En primer orden había que resolver —más bien justificar—, la reconciliación con el otro, desplazado en términos lo suficientemente sinuosos como para dar cobertura a la rivalidad precedente, de lo cual resulta un nacionalismo retroactivo que opera con benevolencia o crudeza según las circunstancias. La recuperación de la hidalguía funciona aquí como alusión a un cuerpo de nociones trascendentes que fijan la identificación con el otrora otro, en tanto que la exposición de hechos concretos —cuestionadores del estatus colonial— activa el lado beligerante de la identidad. El área de lo sagrado —portadora de un tiempo inaprensible— concede *pedigree*, prestancia y ancianidad a la autoctonía y así confirma su carácter necesario. El espacio de lo profano descalifica cualquier acción que anule la capacidad de convocatoria de la élite.

La metamorfosis del dominador ocurrida a raíz de 1898, reanimaría, desde otra perspectiva, la fórmula de aceptación-rechazo. Si el nuevo peligro se conjura con el añejamiento de la identidad, la puesta al día del guión nacionalista reclamará, en cambio, la pertinencia de lo moderno: «Americanicemos nuestra cultura si no queremos americanizar nuestra bandera. Americanicémonos, para no ser americanos».<sup>43</sup>

En un nivel endógeno, la élite nacionalista tuvo que afrontar la cuestión del subalterno. Encarnar la figura bíblica de David frente a Goliat significaba trasladar hacia una esfera lejana las discriminaciones derivadas del ejercicio del poder, al tiempo que se suprimen las exigencias de movilidad social. Aun así, no pocas veces el imaginario colectivo produjo representaciones afines a las ideologías dominantes.<sup>44</sup>

En todo caso, las variaciones sobre el tema de la cubanía esconden bajo su manga las cartas que pudieran propiciar la inteligibilidad del relato. En tal sentido los

recordadores de la hidalguía pasan por alto los actos de violencia y exclusión colonial, mientras los antihispanistas —que no son sino los mismos— intentan desconocer el nexo cultural.

De igual forma es evidente que los paladines del «progreso» obvian la fragilidad de la soberanía política y, quizás en circunstancias inversas, oculten la contribución «americana» en áreas sensibles como la educación y la salud.

Todo indica que conflicto y contacto se definen como enunciados equidistantes, elegidos según la naturaleza del diálogo y el interlocutor, fuese el adversario-colaborador del presente o el enemigo amistoso del pasado. Reconocer que ambas propuestas parten de un mismo origen equivale a aceptar el acomodo del «guión» a la «situación dramática». De la iberofilia a la hispanofobia, del antiyanquismo a la opción panamericana, hay solo argucias gramaticales.

Despojadas de sus matices, cada variante discursiva se hará acompañar de ciertos aires fundamentalistas que inducen a creer en los espejismos de la coherencia. Sin embargo, el «drama» de los animadores de la identidad fue el de no esclarecer la ambivalencia legitimadora de la ficción nacionalista; un poco por ignorancia, y el otro, porque sus respectivas teleologías se hallaban amalgamadas en una serie de maniobras políticas y escriturales ancladas en la suspicacia y el eclecticismo.

Lejos de lo que pudiera pensarse la insularidad no acredita la pureza de los proyectos identitarios. Las islas —Cuba incluida— están bañadas por aguas disímiles; acaso por ello, deslindar el Caribe del Atlántico será siempre una faena doble: fútil... fatal.

## Notas

1. Fernando Ortiz, *La crisis política cubana. Sus causas y remedios*, Imprenta La Universal, La Habana, 1919.
2. Aplico esta nomenclatura para señalar la conformación de un grupo especializado que, mediante el dominio de la escritura, ha ejercido un protagonismo excesivo en las sociedades ágrafas o semialfabetas de América Latina, tal y como lo apuntara Ángel Rama en *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hannover, 1984. Para un estudio pormenorizado del proceso de sustitución de la oralidad por la escritura en el nuevo mundo véase Martin Lienhard, *La voz y su huella*, Casa de las Américas, La Habana, 1990.
3. Sobre la «negociación» asumida en la bilateralidad Centro-Periferia resulta ilustrativo el texto de Edward Said, *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993. La repercusión en Cuba de la obra de Said así como de los denominados «estudios poscoloniales» podrá seguirse en la revista *Casa de las Américas* (n. 200 al 204, a. 1995 y 1996).
4. Fernando Ortiz, ob. cit., p. 16.
5. Asumo la denominación acuñada por Louis Pérez Jr en *Cuba between empires: 1878-1902*, University of Pittsburgh, Pittsburgh, 1983, desde dos perspectivas: en un sentido estrecho para hacer notar el cambio de relaciones de dominación ocurrido en Cuba entre 1898 y 1902. En cambio una utilización más flexible del término nos permite abordar la «transición», proceso que abarca desde la década de los años 80 del siglo pasado hasta 1930 aproximadamente.
6. Parafraseo la denominación usada por Teresita Yglesia Martínez en *El segundo ensayo de república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
7. José Enrique Rodó, *Ariel*, (s/e), Montevideo, 1900, p. 127. Uso una edición temprana, presidida por la siguiente dedicatoria: «Al insigne pensador americano don Enrique José Varona. Homenaje de admiración y simpatía. El autor. Montevideo, 1900».
8. *Ibidem*. Para abundar en esta problemática el lector puede acudir a Partha Chatterjee, *Nationalism Thought in the colonial world: a derivative discourse*, Zed, Londres, 1986, y al texto de Ashis Nandy, *The intimate enemy: Loss and Recovery of self under colonialism*, Calcuta, 1983. A los efectos de Cuba resulta útil el texto de Arcadio Díaz Quiñones, «El enemigo íntimo: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra Sánchez y Antonio S. Pedreira», Boletín del Centro de Investigaciones Históricas, Facultad de Humanidades, Puerto Rico, 1992.
9. José E Rodó, ob. cit., p. 74.
10. Fernando Ortiz, *Entre cubanos, psicología tropical*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987. En lo adelante, se precisará el nombre del artículo y el año de su primera edición.
11. Fernando Ortiz, «Al dormido lector» (1913), prólogo del libro original, *Entre cubanos...*, ob. cit., p. 1.
12. *Ibidem*, p. 1.
13. *Ibidem*, p. 2.
14. Fernando Ortiz, «Carta abierta al ilustre Señor Don Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca» (1906), *Entre cubanos...*, p. 5.
15. Fernando Ortiz, «La librería cubana» (publicado originalmente bajo el título «La crisis librera», 1907), *Entre cubanos...* p. 34.
16. Raimundo Cabrera, «Llamamiento a los cubanos», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 2, marzo-abril de 1923, La Habana, p. 82.
17. Fernando Ortiz, «La irresponsabilidad del pueblo cubano» (1908), *Entre cubanos...*, ob. cit., pp. 26-7.
18. *Ibidem*, p. 27.
19. *Ibidem*.
20. Jorge Mañach, «La crisis de la alta cultura en Cuba», *Revista Bimestre Cubana*, v. XX, n. 3 y 4, mayo-agosto de 1925, La Habana, p. 138.
21. Fernando Ortiz, «El doctor de la Torre y la crisis cultural», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 1, enero-febrero de 1923, La Habana, p. 11.
22. *Ibidem*, pp. 9-10.
23. *Ibidem*, p. 11.
24. Vista como resultado del desgaste corporal de la nación, la noción de «crisis» o «decadencia» (extraída del concepto de degeneración de Max Nordeau) se consolidó en el debate sobre la enseñanza. Problemas tales como la merma de discípulos, la persistencia de métodos pedagógicos anticuados, la adopción de

«paidologías» ajenas al contexto nacional y la situación del sistema escolar como objeto de la política y la corrupción estatal figuraron en el pensamiento de las personalidades asociadas al universo educativo quienes interpretaban el asunto como «síntoma» de la «Fatiga muscular» (Ramiro Guerra) y de la falta de «unidad psíquica» de la nación (Arturo Montori). Más tarde se retomaría el tema a raíz de una serie de sucesos internos e internacionales que afectaron a Cuba (Primera Guerra Mundial, crisis económica de 1920, dictadura de Machado etc.) y estaría representada con singular coherencia en la *Revista Bimestre Cubana*, sobre todo en los ejemplares publicados entre 1922 y 1930.

25. Según consta en la *Bibliografía social cubana* de Carlos M. Trelles (publicada originalmente en la década de los 20), existieron diversas instituciones, revistas y publicaciones interesadas en el estudio y «corrección» de las «patologías colectivas», entre ellos la Liga de Higiene Social; la *Revista Antillana*, órgano de la Academia Católica de Ciencias Sociales, y *Vida Nueva*, revista mensual de higiene y ciencias sociales.

26. Enrique J. Varona, *El imperialismo a la luz de la sociología*, Editorial Apra, La Habana, 1933 (el original corresponde a 1905).

27. Francisco Figueras, *Cuba y su evolución colonial*, Imprenta El Avisador Comercial, La Habana, 1907.

28. Enrique Lluira, *Evolución super-orgánica*, (s/e), Madrid, 1905. *Solución al problema social* (segunda parte de *Evolución super-orgánica*), Imprenta El Score, La Habana, 1921.

29. Fernando Ortiz, «Miserere», (1913, escrito especialmente para este volumen), *Entre cubanos...*, ob. cit., p. 25.

30. A los ya citados textos de Mañach, Varona y Raimundo Cabrera (veánse notas 21, 27 y 17) se añaden otros no menos importantes como los escritos por Carlos M. Trelles: «El progreso y retroceso de la República de Cuba», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 2 y 4, marzo-abril y julio-agosto de 1923, así como otros publicados en la misma revista con la rúbrica de Ramiro Guerra, Alfredo M. Aguayo y el propio Ortiz, como es el caso de «La decadencia cubana» (1923) de este último.

31. Enrique J. Varona, *El imperialismo...*, ob. cit.

32. Fernando Ortiz, *La crisis política...*, ob. cit., p. 16.

33. Fernando Ortiz, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, Librería de P. Ollendorff, París, 1910.

34. Fernando Ortiz, «¿De Cam o de Israel?», *La reconquista...*, ob. cit., p. 27.

35. Fernando Ortiz, «Cuba en la paz de Versalles», *Revista Bimestre Cubana*, v. XV, n. 2, julio-agosto de 1920, La Habana, p. 100.

36. Ramiro Guerra, «Un programa nacional de acción pedagógica», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVII, n. 6, noviembre-diciembre de 1922, La Habana, p. 349.

37. Fernando Ortiz, «La Isla de Pinos es y será cubana», *Revista Bimestre Cubana*, v. XIX, n. 6, noviembre-diciembre de 1924, La Habana, p. 438.

38. Algunos de los textos a los que hacemos alusión fueron repetidos de una u otra manera ya fuera en pequeños folletos que reproducían lo ya escrito en publicaciones periódicas o viceversa. Las intervenciones más importantes respecto al lugar de Cuba en el concierto de las naciones fueron compilados por Rubén Martínez Villena en *En la Tribuna, discursos cubanos*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1923. Algunos textos de interés, referidos en particular a las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos son, entre otros: *Las relaciones económicas entre Cuba y Estados Unidos*, (s/e), La Habana, 1923; *La creación de colegios panamericanos*, Imprenta La Universal, La Habana, 1928 (publicado también en *Revista Bimestre Cubana*, v. XXII, n. 4, julio-agosto de 1927)..

39. Fernando Ortiz, «Foot-ball», (1908), *Entre cubanos...*, ob. cit., p. 31.

40. Carlos M. Trelles, «El progreso y el retroceso...», *Revista Bimestre Cubana*, v. XVIII, n. 2, marzo-abril de 1923, p. 314.

41. En tal sentido resulta reveladora la tesis de la existencia de una modernidad colonial expuesta en el texto de Ana Meylin de la O Torres y Adrian López Denis, «Entre la plaza y la plana: conmemoraciones colombinas y carnaval político en la Habana de 1892», *Debates Americanos*, n. 4, La Habana, diciembre de 1997.

42. Fernando Ortiz, «Al dormido lector», ob. cit., p. 3.

43. Fernando Ortiz, «La crisis política...», ob. cit., p. 20.

44. Sobre el particular resultan prometedoras las indagaciones de Pablo Riaño San Marful, especialmente *La construcción social de un paradigma: los Estados Unidos en la literatura y el teatro popular cubanos*, 1997, (inédito).

© TEMAS, 2000.